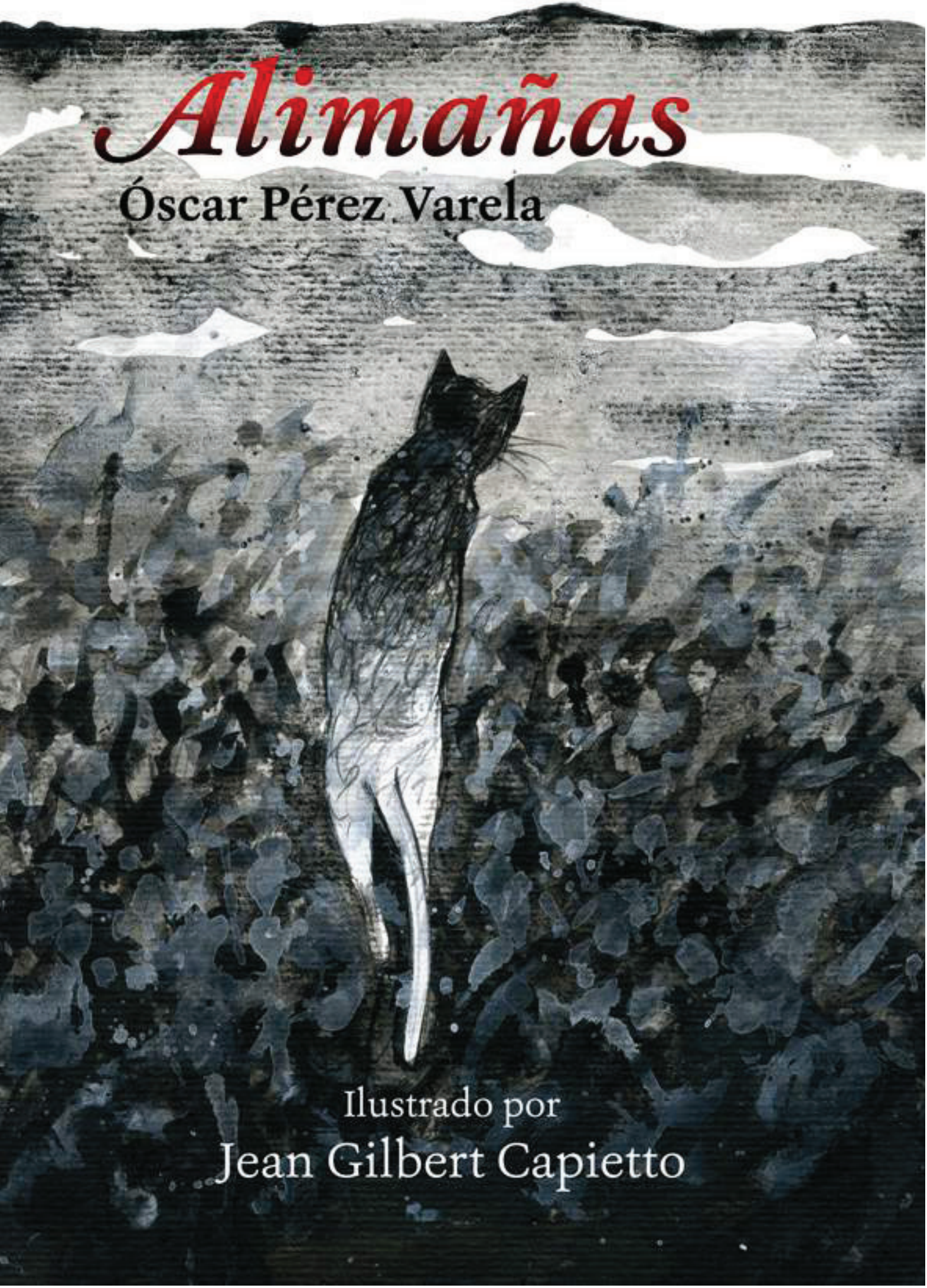
Alimañas

Óscar Pérez Varela



Ilustrado por

Jean Gilbert Capietto

Presenta

Alimañas

Óscar Pérez Varela

Jean Gilbert Capietto

Colección Taradaña

Alimañas
Primera edición digital: abril 2016
Código: 978-540003863505-0075

Autor: Óscar Pérez Varela
Ilustración de portada e interiores: Jean Gilbert Capietto
Maquetación y diseño: Kachi Edroso y Miguel Puente
Corrección de estilo: Juan Ángel Laguna Edroso
Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Edición: Saco de Huesos Ediciones
Paseo Fernando el Católico, 59, ED 5A
CP 50006 Zaragoza

Más información y contacto: www.sacodehuesos.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (ww.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Alimaña

1. Animal que resulta perjudicial para la caza menor o para la ganadería.
2. Persona mala y perversa.

Mi madre me protegió exponiéndose ante Necros hasta que fui lo bastante fuerte para contar cada historia.
Mi hermana lamió mis lágrimas cuando miré a los ojos de la verdad.

Este libro es para ellas.

La ciudad

Madrid

Desde siempre el individuo ha luchado para no ser absorbido por la tribu. Si lo intentas, a menudo estarás solo y a veces asustado, pero ningún precio es demasiado alto por el privilegio de ser uno mismo.

Friedrich Nietzsche

PRÓLOGO. LOS ANIMALES. SUS SECRETOS.

Hay emociones que deben esconderse e historias que es mejor no contar, así lo aprendí de mi madre. Yo fui quien encontró el cuerpo, semienterrado por la hojarasca, en avanzado proceso de putrefacción. Al volverlo para intentar reconocer sus rasgos, descubrí que un lado de su rostro estaba curtido como el corazón de un impostor. Entonces recordé y supe. Los gigantes... Los nombres de Siervo, Tormenta *La Fugitiva*, Necros, y Ego *El Idolatrado* dejaron de ser vestigios legendarios. Yo los había conocido. Retazos de recuerdos desgarran mi mente en desordenado y doloroso castigo. Es cierto que estuvieron entre nosotros.

Implique lo que implique, le haré frente. Yo soy responsable de lo que ocurra a partir de ahora puesto que mío fue el hallazgo. Miraré a los ojos de la verdad sin parpadear, aunque me cueste la vida o el destierro.

Porque eso es lo que hacemos los cazadores.

El Extraño estaba perdido entre ensoñaciones y melancolía. Fui a buscarlo y se lo expliqué. Vino a ver el cuerpo, con algunos de los más ancianos. Lo reconocieron.

Volvimos a *El Territorio*. Como líder, supliqué a *El Extraño* que hablase. Que nos hablase. Aunque hiciera daño. Aunque su historia nos destruyera. Siempre fue más fuerte y más valiente que yo. A menudo le había rogado que se enfrentase a mí en combate, para que así, tras vencerme, pudiera ocupar mi puesto. Nunca logré merecer tal honor. Podría haberse negado también a narrarnos la historia e irse sin dar ninguna explicación, pero, antes de su partida definitiva, quiso ofrecernos el regalo envenenado de su sabiduría.

Ahora está sobre el *Montículo de los oradores*. Acaricio a mis hijos y les exhorto a escuchar y creer. Lo único que exigí a sus madres es

que les dieran unos valores diferentes a los que a mí me inculcaron. Mi hermana me mira entre la multitud. Sus ojos, como los míos, están velados por las lágrimas. Ahora somos lo bastante duros como para no esconder nuestra identidad, lo que sentimos. Viene hasta mí y nos lamemos, compartiendo nuestro miedo y vergüenza, haciéndoles frente.

Luego, nuestras conciencias son presa de las dentelladas. Dentelladas de palabras...

Alimañas

Y no es que le pareciera agradable la perversidad que le daba la idea de placer, sino el placer lo que le parecía cosa mala. Y como siempre que a él se entregaba acompañábalo de esos malos pensamientos que el resto del tiempo no asomaban a su alma virtuosa, acababa por ver en el placer cosa diabólica, por identificarlo con lo malo.

Marcel Proust, *Por el camino de Swann*

1. Madrid.

Se desplaza absorbiendo la luz. A cada paso, la ciudad palpita bajo una costra helada de contaminación que impide ver más allá. Toma su pulso cada noche, cuando sale en busca de falsas aventuras: ilusión de peligro.

Es su forma de rebelarse contra El Hombre sin que Él llegue a saberlo. La única intimidad que puede permitirse en un rincón de su mente. Cada mañana vuelve a ser dócil, o al menos lo bastante educada para recibir comodidades y amor. A veces piensa que no lo merece, otras lo disfruta sin más. Queda la sensación soterrada de desobediencia que identifica con maldad. Le hace sentir miserable, pero también libre.

Muy por debajo, la lluvia de neón. Los coches rugiendo amenazantes a velocidades dispares.

Salta entre descampados. Encaramada en restos de edificios solo a medias demolidos o futuros bloques de apartamentos todavía por terminar de construir. A veces busca el calor de los motores recién apagados, otras escarba en bolsas de desperdicios cuidándose de no quedar impregnada por el olor. O simplemente vagabundea con los ojos bien abiertos para embeberse del entorno.

Cuando llega él, está disfrutando distraídamente de los caracoleos de unas cuantas hojas y papeles atrapados en un remolino de viento.

No es lo bastante rápida para huir. Espera que el macho pierda interés al comprobar que tampoco es lo suficientemente fuerte como para plantar cara. Resulta ser viejo y estar cansado, así que le importan muy poco las facilidades. Hace tiempo que ha aprendido a conformarse con lo que pueda conseguir. No es altivo ni valiente. No es grande y tampoco está particularmente dotado. Gastado por los años y los golpes, incapaz de asumir ningún riesgo tras haber sido derrotado ya en demasiados envites. Solo uno más del montón a punto de perder incluso tal rango.

Muerde y araña durante un largo intervalo de tiempo ignorando sus alaridos. Solo deja de castigarla cuando está seguro de que las lesiones no permiten la menor defensa. Entonces la penetra.

Ella nota al macho moviéndose dentro. No es particularmente desagradable.

Él se va.

Ella queda tendida hasta que el amanecer traza sus miedos en el cielo.

El dolor no hace sino crecer, como un violinista que sube por la prima. Uno cree que no puede subir más alto y sube: así es el dolor, y todo lo que hace la naturaleza es pasarlo a uno de nota en nota como un niño sordo al que enseñan a oír.

John Le Carré, *El espía que surgió del frío*

2. Crecer por dentro.

Crecía. Crecía. Crecía dentro de su vientre.

Durante los primeros días pudo disimularlo. El Hombre curó sus heridas. Le dio techo y alimento. No reparó en lo que estaba pasando.

Pero crecía dentro de su vientre.

Puede que no le importase a nadie más. Aceptarlo sería asumir su insignificancia. No tendría sentido el seguir adelante. Porque nada de lo vivido hasta entonces sería real. No habría razón que justificase su existencia si era incapaz de suscitar reacción alguna en El Hombre. Su mera impasibilidad ya era una tortura.

Crecía dentro de ella.

¡Crecía!

Podía notarlo físicamente. Nutriéndose de su torrente sanguíneo. Fortaleciéndose a costa de cada bocado que El Hombre ponía en su plato. Tomando forma. Pataleando en sus entrañas.

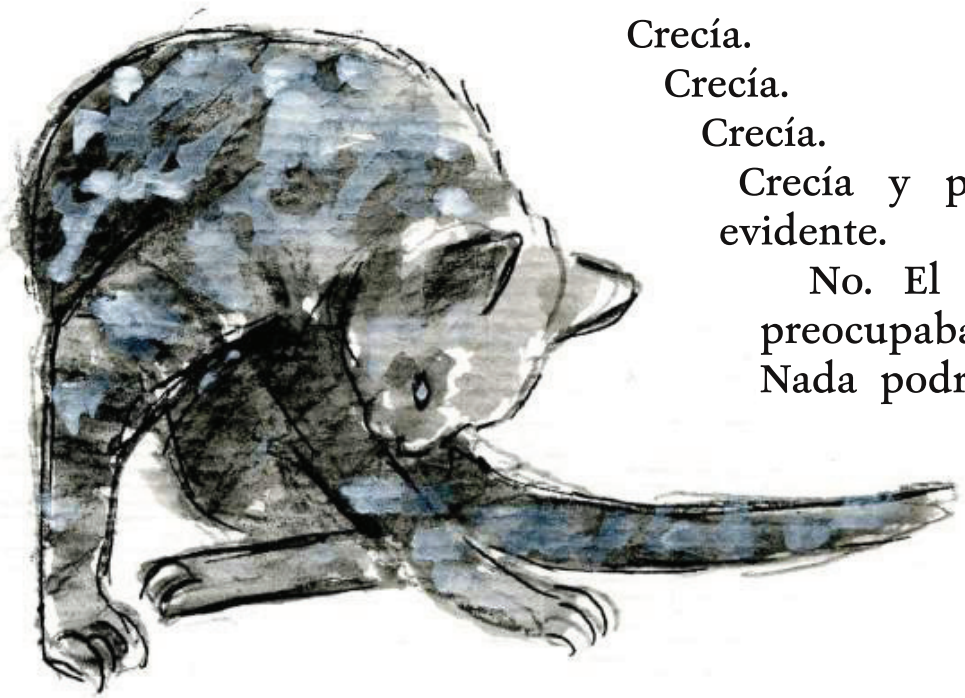
Crecía.

Crecía.

Crecía.

Crecía y pronto sería evidente.

No. El Hombre se preocupaba por ella. Nada podría apartarla



de esa idea porque nada podría apartarla de sí misma. Ese era su rasgo definitorio: ella era la que centraba la atención de El Hombre. Solo había una conclusión posible:

Todavía no había crecido lo bastante.

Luego sería visible. El Hombre podría notarlo. Mostraría repugnancia. Reaccionaría. Le haría daño. Le negaría su amor. No podía soportar la idea de merecerlo. El golpe sería demasiado fuerte.

Y se marchó.

Seguía creciendo. En su vientre. Pataleando en las entrañas. Tomando forma. Alimentándose de ella.

Crecía: la Vergüenza.

Los padres son el mal en sí mismo. Representan todo lo malo que hay en el hombre. No existe nada parecido a un padre bueno pues el papel de padre es malo de por sí. Padres estrictos, padres blandos, padres agradables y moderados... son todos a cual peor. Se plantan en medio de nuestro camino hacia el progreso, tratan de cargarnos con sus complejos de inferioridad, con sus aspiraciones insatisfechas, con sus resentimientos, con sus ideales, con las debilidades inconfesas, con sus pecados, con sus sueños más dulces que la miel, con las máximas que no han tenido el coraje de seguir...

Yukio Mishima, *El marino que perdió la gracia del mar*

3. Cuando no queda nada.

Sació su hambre y su sed como mejor supo. Todo valía porque nada era demasiado malo para ella.

La calle ya no resultaba divertida. El peligro era real.

Temblaba en agujeros oscuros dispuesta a abandonarlos si cualquiera los reclamaba como suyos. No había lugar para ella si no era al lado de El Hombre. Puesto que no merecía ese sitio, no merecía ninguno.

Odiaba lo que estaba gestándose en su interior. Aquello que le impedía moverse con soltura. Un día lo expulsó y dejó de formar parte de ella. Podía verlo con perspectiva: una camada de cinco cachorros. Dos de ellos, raquíticos, no tardaron en morir.

Sus mamas se llenaron de leche. Era el único rastro del incidente que todavía quedaba en su cuerpo. Los animales muertos ya no eran un problema. Los vivos sorbían la leche. Ella solo los alimentaba cuando le resultaba imposible soportar el dolor de los pezones agrietados y rezumantes. Esperaba que se les atragantase. Que se agriase en sus diminutas tripas...

Llegó a albergar la lejana esperanza de volver a ser aceptada. Fantaseó imaginando un momento en el que su aspecto fuera el de antes. Que nada en ella revelase lo que una vez hizo. Nada. El Hombre no tendría nada que perdonar porque nada habría ocurrido ante sus ojos. Así ella podría llegar a olvidar. Solo quedaría el amor.

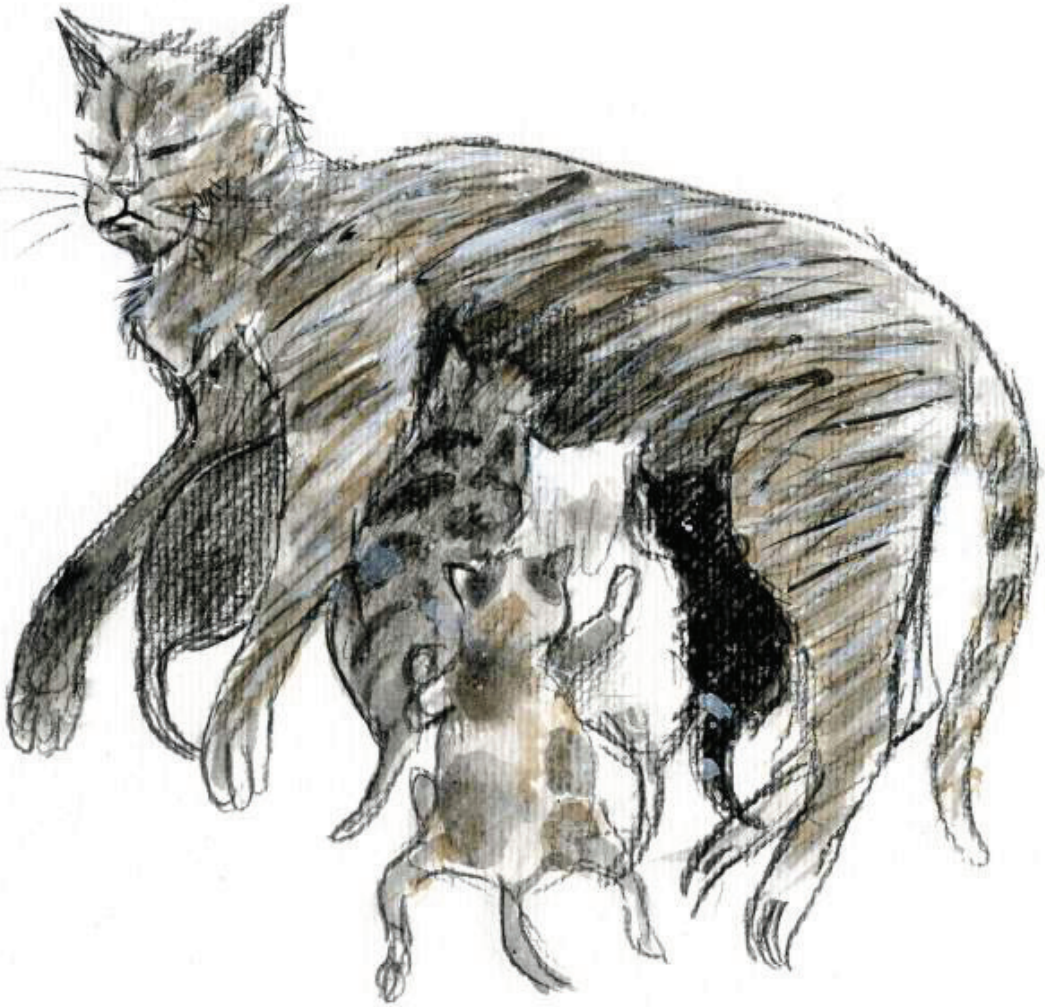
Dejó de comer y beber, alimentándose del deseo de que así se secasen antes sus glándulas. Ya no odiaba a sus cachorros, tampoco sentía por ellos el menor afecto. Eran la herramienta que utilizaba para vaciar su cuerpo de leche. Nada más.

Se debilitó tras un tiempo de ayuno. Pasaron dos días en los que no salió ni una gota de líquido de sus pezones. Estaba preparada. Todo termina. Regresaría a casa dejando atrás tres crías a las que el hambre terminaría por hacer perecer.

¿Y si no era así?

Quiso convencerse sin resultado de que volvía atrás para evitarles sufrimientos. Sabía, muy dentro, que en realidad pretendía amarrar cabos sueltos. No estaba dispuesta a permitir que quedase el menor resto de aquella etapa. No deseaba volver a enfrentarse a ello.

Supo que debía condensar sus escasas fuerzas y utilizarlas para matar a sus hijos. Porque así no quedaría nada.



Te arrojan al mundo como a una momia pequeña y sucia; los caminos están resbaladizos de sangre y nadie sabe por qué ha de ser así. Cada cual sigue su propio camino, aunque la tierra se pudra con cosas buenas, no hay tiempo para arrancar los frutos; la procesión se abalanza hacia el letrero de salida, y hay tal pánico, tal ansia por salir, que los débiles y los indefensos quedan pisoteados en el fango y no se escuchan sus gritos.

Henry Miller, *Trópico de Cáncer*

4. Tres gatos muertos.

Entre cubos de basura, los restos de una pelea sucia. Sangre deslizándose por el bordillo hasta perderse en un sumidero. Trozos de carne difíciles de identificar. Uñas astilladas. Huesos rotos. Mierda de gato.

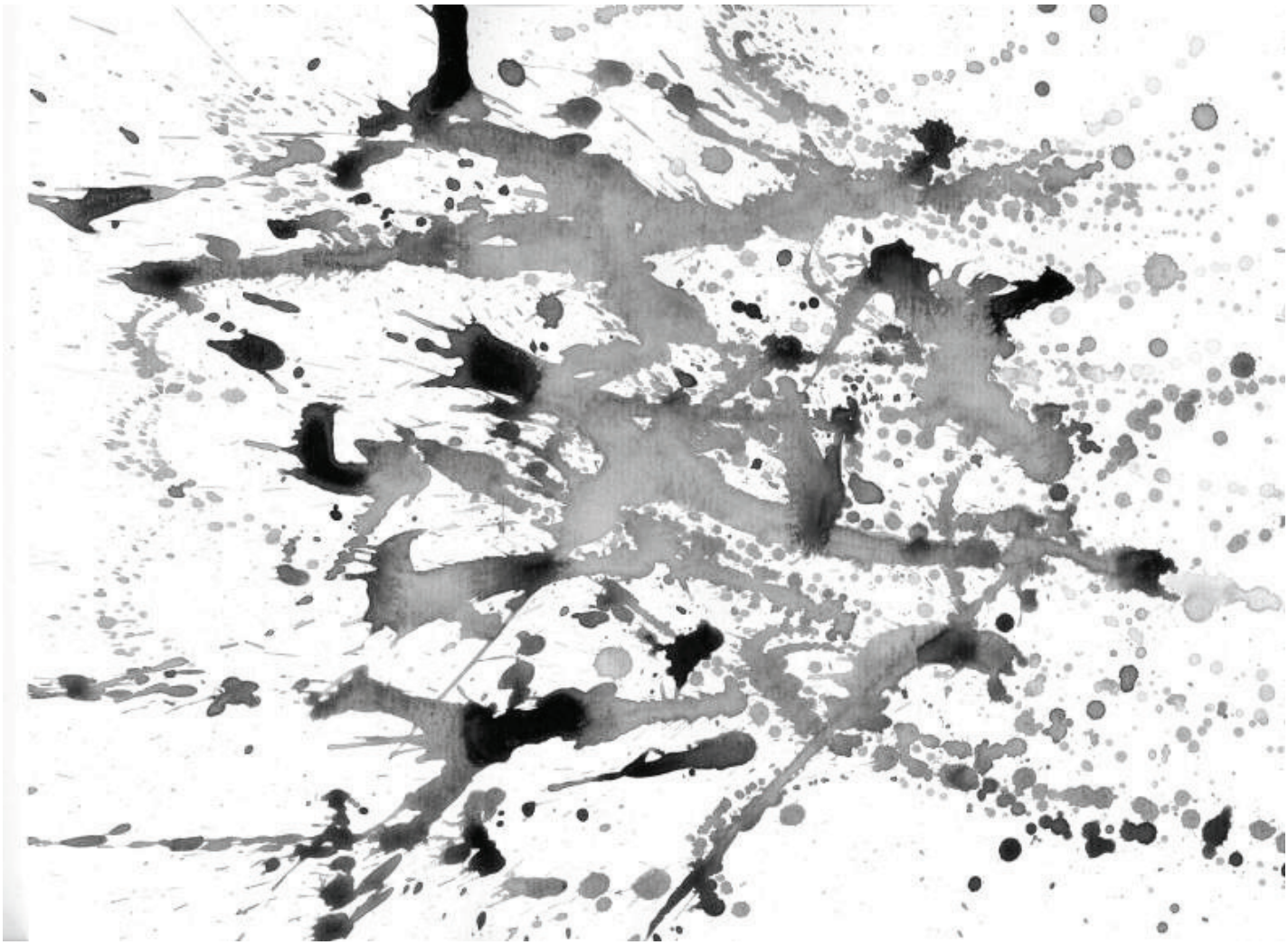
Tres gatos muertos. Dos de los cuerpos son de cachorros. El tercero, de una hembra adulta: la madre. Unas huellas mareadas. Diminutas pisadas que se alejan, perdiendo el almagre tinte que las hace visibles.

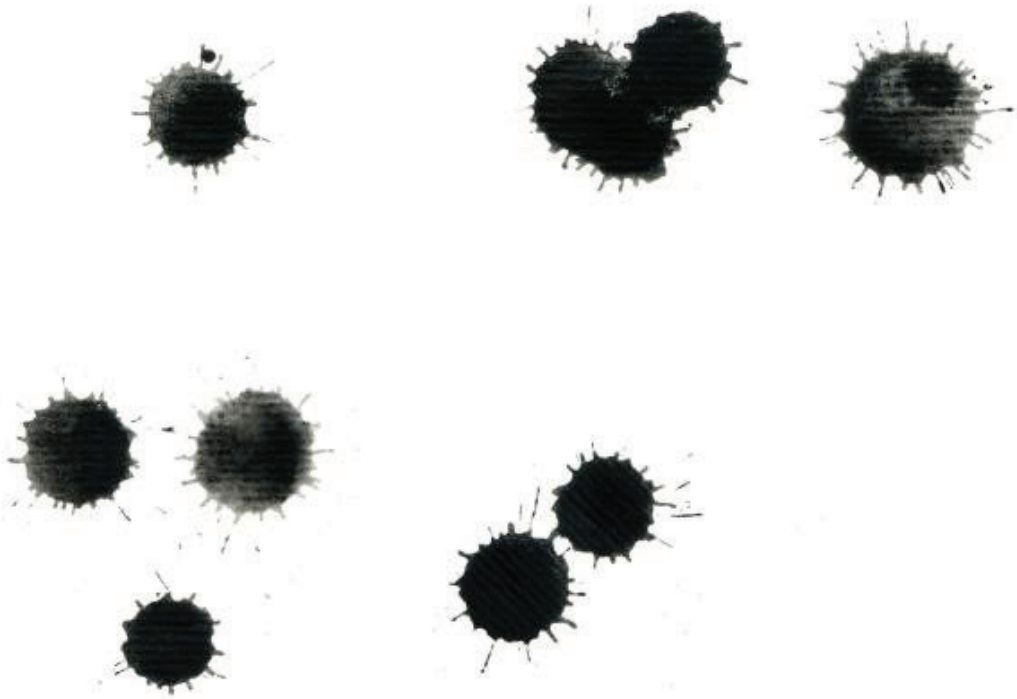
Hasta desaparecer.

Algunas gotas de sangre y grasa un poco más lejos.

Luego, nada.

Rastro perdido.





Debajo de ella, la piel tenía un color púrpura y sangraba por todos los poros. Se levantó únicamente porque quiso levantarse, no porque fuera posible.

Donald E. Westlake, *A quemarropa*

5. Nacer otra vez.

Lo había hecho. Apenas podía sostenerse en pie. Ardía de fiebre.

Era su elección.

No quiso morir y luchó. Mordió y arañó hasta sentir la carne ceder entre sus mandíbulas. Hasta dejar de oír el aliento. Hasta oler la muerte de su madre y notar cómo su cadáver se enfriaba.

Retumba el corazón. Silban los pulmones. Quema el aire. Late la cara. Cuelga la piel. El lado derecho es una herida. Gelatina. Ese ojo está perdido. Ha reventado en el combate. Humor vítreo. Como sal en la brecha. No hay dolor, pero sabe que no es bueno.

No consentirá que nadie la vea sangrar. Nadie podrá oír cómo se queja.

Se esconderá el tiempo necesario para curarse y luego seguirá adelante.